

## CAPITULO XI.

### ESCRITORES DE LA INVASION MAHOMETANA.

JUAN HISPALENSE.—CIXILA.—ISIDORO PACENSE, etc.

Primeros estragos de la conquista.—Ármanse los judios para oprimir á los españoles.—Esperanzas defraudadas de estos sobre la permanencia de los árabes en España.—Su establecimiento.—Carácter de la invasion mahometana.—Pueblos que vienen á la Península.—Resultado de la conquista.—Capitulaciones.—Su índole y naturaleza especial.—Cristianos reducidos á servidumbre: los mozárabes.—Cristianos independientes: monarquía asturiana.—Su constitucion.—La nobleza.—La potestad real: don Pelayo.—Rápidos progresos de las armas cristianas.—Paralelo entre los mozárabes y los cristianos independientes.—Rechazan unos y otros la influencia musulímica.—Califato de Córdoba.—Abd-er-Rahman.—Carácter de la civilización musulmana.—Su ineficacia para infundir su espíritu á la de otros pueblos.—Política de Abd-er-Rahman.—Ingenios españoles del siglo VIII.—Juan Hispalense.—Cixila.—Isidoro Pacense: sus obras.—Carácter de estos escritores.—Conturbacion de la Iglesia.—Elipando.—Etherio y Beato.—Resúmen.

Siete largos siglos habian vivido los españoles en servidumbre, desde la última guerra de Augusto, sin que pudieran dar testimonio de aquel indomable esfuerzo, que obligó á la República romana á decretar su exterminio, para lograr la dominacion de la Península Ibérica. Mas si á costa de su independencia consiguieron las Españas el fruto de la civilización del antiguo mundo, y si esta misma civilización, modificada y dirigida por el cristianis-

mo á un fin más alto, había templado la barbarie de los visigodos, que suplantaron á Roma en la dominacion de Iberia, rota ahora por el alfange mahometano aquella pesada coyunda, iban á renacer por una parte los antiguos instintos guerreros de los primitivos pobladores, despertando por otra la bravura de aquel pueblo, que había levantado el imperio de su espada sobre el trono de los Césares.

Costosa era sin embargo aquella manera de renacimiento, y triste el espectáculo que presentaba la monarquía, temida antes de las naciones. Sola y odiada en medio de los pueblos que había tiranizado con la fuerza y envilecido con la servidumbre, faltábale en aquel instante supremo sus naturales ayudadores. El no resistido valor de sus guerreros, la generosa magnanimidad de sus caudillos y de sus príncipes, el terror prestigioso de su nombre, que bastó á domar en otro tiempo dilatadas regiones, la doctrina de los obispos católicos, la adhesión fraternal de la grey hispanolatina, la inteligente devoción de los hebreos, la sumisión de los esclavos idólatras, todo le faltaba para afrontar en larga y reñida contienda la pujanza de los mahometanos; y abandonado en mitad de su disipación y de sus crímenes, cayó aquel soberbio imperio que se juzgaba eterno, derribado por el dedo del Altísimo, para ejemplo de pueblos que, olvidadas las virtudes nacidas de la religión y de la moral, se acuestan en los placeres de los vicios, despertando en las angustias de la muerte.

Derramándose por todas las provincias de España, después del triunfo de Jerez [19 de julio 711], no hallaban las escasas huestes de Tariq-ben-Zeyad <sup>1</sup>, enviadas por Muza-ben-Nosayr sólo para tentar nueva fortuna <sup>2</sup>, valladar que refrenara su pujanza: enojado

<sup>1</sup> Según los más autorizados historiadores árabes, componíanse las falanges de Tariq de siete mil combatientes, casi todos africanos, los cuales pasaron el Estrecho en cuatro navios de mercaderes que había facilitado el conde don Julian, desde que animado del espíritu de la rebelión y la venganza, excitó á Muza contra su patria, colocando su nombre en el catálogo de los traidores.

<sup>2</sup> Esta era la segunda tentativa. En 710 había enviado el mismo Muza con cuatrocientos infantes y cien caballos, al valeroso Tarif-Ebn-Zarcá, quienes habiendo dado de rebato sobre Algeciras, saquearon sus contornos, vol-

el walid de África contra su lugarteniente, que se había excedido de sus mandatos tras el éxito de aquella batalla, y envidioso de sus victorias, pasaba también á la Iberia para tomar parte en aquella inesperada conquista [junio de 712]: Córdoba, Écija, Sevilla y Elvira en la Bética; Paz-Augusta y Mérida en la Lusitania; Toledo, Guadalajara y Murcia en la Cartaginense; Braga, Astorga y Lugo en la Gallega; Zaragoza, Huesca y Barcelona en la Tarraconense, cuantas ciudades y fortalezas osaron resistir dentro de la Península el ímpetu de los vencedores, víctimas de la crueldad de Tariq ó de la codicia de Muza, caían bajo el yugo del Islam, reducidas á mísero cautiverio. En vano Teodomiro, á quien apellidaron sus coetáneos amador de las letras y orador admirable, y cuya lanza se había blandido la primera contra los sectarios de Mahoma, buscando asilo en las comarcas, que gobernaba en nombre de Rodrigo, procuraba defender la independencia del suelo español, recordando el valor heroico de sus antepasados: vencido por Abda-l-áziz en las llanuras de Lorca, encerrábase al fin en Orihuela, y agotadas sus fuerzas en la defensa, sujetábase á la soberanía de los Califas de Damasco, quedando así derribado en las Españas el último baluarte visigodo <sup>1</sup>.

viéndose rápidamente al África. Generalmente confunden nuestros historiadores estas expediciones, haciendo uno de ambos caudillos. El arzobispo don Rodrigo determinó sin embargo perfectamente una y otra empresa: hablando de la primera expedición, después de indicar que el Califa Al-walid (Abulit Amiramomenino Arabum) previno á Muza que enviase á España muy poca gente, para probar las promesas del conde don Julian, decía: «Muza autem misit cum comite Iuliano quemdam Tarif nomine, et cognomine Abenzarcha, cum C militibus et CCCC peditibus africanis; et hi in quator navibus transierunt, anno arabum XC primo, Æra DCCL in mense qui dicitur Ramadan. Et iste fuit primus adventus arabum citra mare,» etc. (Lib. III, cap. XVIII). Tratando luego expresamente *De secundo introitu arabum in Hispaniam*, escribía: «Post haec Muza vocatus Abulit a Miramomenino, ivit in Friquiam, relicto in patriae principatu Taric Abentiet, qui erat strabo, cui iniunxit, ut Iuliano comiti auxilio largiretur, et amiciciam conservaret,» etc. (Id. id., capítulo XIX). Prosigue la narración de la *segunda entrada* de los árabes del modo generalmente recibido, no sin admirar la inesperada fortuna de Tariq-ben-Zeyad, quien traía encargo de hacer solamente lo que en árabe se llama una *gaza* ó *razzia* غزوة.

<sup>1</sup> El convenio entre Teodomiro y Abda-l-áziz celebrado en Orihuela [Au-

Tres años no cumplidos bastaron á consumir la obra comenzada en las sangrientas jornadas de Guadalete [Guad-al-Lecca]: España, que al decir de los mismos árabes aventajaba la bondad de la Siria en cielo y tierra, la blandura del Yémen en la benignidad de su clima, la dulzura de la India en sus aromas y sus flores, la abundancia del Hegiad en sus frutos y la riqueza del Catay en sus preciosas minas <sup>1</sup>, cruzada sin cesar por las terribles falanges mahometanas, veía saqueadas ó incendiadas sus más nobles ciudades, despojados sus templos, vilipendiadas sus vírgenes, en infamantes suplicios sus ancianos, y en triste esclavitud sus más valientes hijos <sup>2</sup>. Las riquezas en tantos siglos amontonadas

riola] comprendía también las ciudades de Valencia, Alicante, Mula, Bocsara, Ota y Lorea, siendo notable la templanza de las capitulaciones, efecto del valor y la pericia de Teodomiro (Conde, *Domin. de los árabes*, pág. 50 del tomo I). Pueden verse en Casiri (tomo II, pág. 106), donde se inserta el texto, y su extracto en la *Crónica del Moro Rásis* (*Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo VIII, pág. 79). Esta sombra de soberanía duró sólo hasta la venida á España de Abd-er-Rahman I, que procuró destruir cuantos obstáculos se oponían á la unidad de su nuevo imperio. El Pacense, á quien en el texto aludimos, elogia en efecto sobremanera el talento é instruccion de Teodomiro, diciendo: «fuit enim scripturarum amator, eloquentia mirificus, in praeliis expeditus,» etc. (Núm. XXXVIII).

<sup>1</sup> Véase el cap. XX del lib. III del arzobispo don Rodrigo, que tuvo presentes los historiadores mahometanos, y el VIII de la *Dominacion de los árabes* por Conde, de quien han tomado esta pintura la mayor parte de los historiadores del presente siglo, si bien cargándole al propio tiempo de acusaciones y dicerios.

<sup>2</sup> Hé aquí las dolorosas cláusulas en que Isidoro Pacense, condenada la rapaz codicia de los primeros conquistadores, nos refiere cómo el insaciable Muza, elegidos los más nobles ancianos de España que habían escapado al hierro musulmán, partió en busca del Califa Al-walid, llevando consigo inmensos tesoros: «Muza expletis quindecim mensibus [Set. de 713] a Principis iussu [de Al-walid] praemonitus, Abdallazis filium in locum suum, lectis Hispaniae Senioribus, qui evaserant gladium, cum auro, argento, trapezitarum studio comprobatos, vel insigniorum ornamentorum, etc... Ulit Regis repatriando sese praesentans,» etc. (*Chron.*, Era DCCLI). Uno de los historiadores árabes más digno de respeto, cuyo testimonio tenemos abajo presente, observa, al tocar este punto, que Muza «llevaba consigo cien mil prisioneros entre hombres, mujeres y niños, con cuatrocientos varones de la sangre real de los godos.»

por reyes, prelados y magnates visigodos, hartaban apenas la sed de oro de los conquistadores <sup>1</sup>; y aun las ciudades y los monumentos que las encerraban, derivacion suntuosa de la grandeza romana, daban pábulo á su furor y á su codicia <sup>2</sup>. No parecía

<sup>1</sup> Sin el testimonio, no sospechoso, de los historiadores árabes, nos sería hoy de todo punto imposible el formar idea de la riqueza allegada por los visigodos en alcázares (*aulas regias*), palacios episcopales (*atrios*) y basílicas. Ebn Alwardi, en su *Perla de las maravillas*, Bayan-Almoghreb, Abdelmelic-Ebn-Habib, Allaitz-Ebn-Sad, Ebn-Hayan, Al-maccari, Aben-Adhari y otros, en sus historias, nos han trasmitido en efecto las más interesantes noticias respecto de los tesoros de Toledo, córte de los reyes visigodos, cuyos maravillosos palacios describen llenos de admiracion y de entusiasmo. Por ellas se confirma ámpliamente cuanto el grande Isidoro nos enseña sobre el fausto y la opulencia de la córte visigoda en su *Libro de las Etimologías*: las preseas y vasos de oro y plata llenaban un aposento del suntuoso alcázar; ciento setenta coronas y diademas de oro, exornadas de piedras preciosas, hallaba Tariq en el referido palacio; y en medio de tanta riqueza brillaba un *Psalterio de David*, escrito en láminas de oro (*bractee*) con caracteres yunanes (griegos) y agua de rubí disuelto, faltando palabras para describir la prodigiosa *Mesa de Salomon*, cuajada de perlas y esmeraldas, incrustada de gruesos rubies, zafiros y topacios, y ornada de tres coronas ó collares de oro, guarnecidos de aljófar. Ni fué menor la magnificencia de las basílicas, donde reyes, prelados y magnates, ofrendaban de continuo coronas, balteos, columnas, cruces, atriles y todo género de vasos para el culto, labrados de oro y enriquecidos de piedras preciosas; todo lo cual han comprobado, con grande y verdadero interés para la historia, los descubrimientos hechos en 1858 y 1859 en las *Huertas de Guarrazar* (partido de Guadamur, provincia de Toledo), que mucho tiempo despues de terminados estos estudios hemos procurado ilustrar en el libro publicado por la Real Academia de San Fernando, bajo el título de *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar* (1861). Dados allí á luz los textos originales, tomados de los historiadores árabes, juzgamos innecesario el reproducirlos en este sitio. De todo resulta que sorprendidos los mahometanos por tantas riquezas, dieron rienda suelta á su codicia, llegando hasta treinta el número de carros de oro, plata y todo linaje de pedrería, como rubies, zafiros, perlas y esmeraldas, que presentó Muza-ben-Nosayr al Califa Al-walid, lo cual no le libertó de las sospechas que le señalaban como ocultador de grandes tesoros.

<sup>2</sup> Pintando el arzobispo don Rodrigo el doloroso cuadro de la invasion mahometana, escribia; «Sanctuaría destruuntur, ecclesiae diruuntur; et quae laudabant in cymbalis, provocant in blasphemii; lignum salutis a sanctis eiicitur. Non est, qui aspiciat, ut salvetur; solemnía penitus cessaverunt, et ecclesiae organa in blasphemiam transierunt. Non est qui iubilet in ecclesiis, et

sino que enviados por la Providencia para castigar las torpezas de aquella sociedad, envejecida por los crímenes y los vicios, duplicaban á sabiendas la dureza, haciendo más sensible el castigo de los que, sin virtud bastante para defender los profanados hogares, traían á la memoria, en medio de su envilecimiento, la libertad y poderío de sus mayores.

Y para colmo de humillacion y de ignominia, no apurada aun la amargura del vencimiento, contemplaban los españoles levantado sobre sus cabezas el azote de una raza, perseguida antes y proscribida, la cual pagaba en un solo momento las ofensas de muchos siglos. Faltos sin duda de presidios para las ciudades vencidas y las que temerosas de mayor estrago les abrieron sus puertas, armaban los árabes á los descendientes de Judáh, confiándoles la custodia de las mismas ciudades, mientras volaban á nuevas conquistas; y aquellos hombres que fueron los primeros á despertar la codicia de los mahometanos, brindándoles con las riquezas de España, no olvidados de las persecuciones de Sisebuto y de Egica, ofreciéronse fácilmente á ser instrumento de opresion, sin reparar en que grabada profundamente esta injuria en la memoria de los cristianos, debía ser terrible la expiacion, trasmitida de edad en edad la obligacion de la venganza <sup>1</sup>.

subshnat confessio Machometi. Defoedat abusio ornamenta, et vasa sancta contaminant alieni: religionem devorant inimici et omnis habitatio desolatur, cum occiditur habitator. Civitates ignominiiis consumuntur et quaeque viridia succiduntur. Adeo enim pestis invaluit, quod in tota Hispania non remansit civitas cathedralis, quae non fuerit aut incensa aut diruta» (Lib. III, cap. XXI). Adelante veremos cómo aun en los días en que los mahometanos aspiran á emular la grandeza de los monumentos españoles, los destruyen para aplicarlos á la construccion de sus mezquitas, alcázares y fortalezas.

<sup>1</sup> Véase lo que sobre la conducta observada por los judios, dice el moro Rásis (II.<sup>a</sup> Parte de su *Crónica, Mem. de la Real Acad. de la Hist.*, tomo VI, pág. 67 y siguientes). El arzobispo don Rodrigo, tratando de la pérdida de Córdoba, escribía: «Iudaeos autem, qui inibi morabantur, cum suis arabibus, ad populationem et custodiam Cordubae dimiserunt (lib. III, capítulo XXII). Y al hablar de la toma de Málaga, Murcia y Granada, añade sobre Sevilla: «Ipse autem, captam Hispalim de iudaeis et arabibus populavit, et inde ivit Beiam et non dispendio simili occupavit» (Id., cap. XXIII). Mencionando por último la conquista de Toledo, observaba: «Taric autem ex arabibus, quos secum duxerat, et iudaeis quos Toleti invenerat, munivit Tele-

Creyeron sin embargo los españoles, al caer sobre las desamparadas provincias las huestes de Tariq y de Muza, que pasando, cual veloz torrente, aquel enjambre de tribus feroces, que todo lo asolaba y destruía, y saciada ya la avaricia de los caudillos que les arrebatava sus tesoros, tornarianse al África los vencedores, pagados de la inaudita presa hecha en las Españas. Alentaba esta esperanza la misma saña y crueldad de los conquistadores, no comprendiéndose que empezaran por esquilmar y destruir el suelo donde intentaban asentar su poderío, los que no se habian mostrado avaros en las capitulaciones otorgadas á los vencidos: confirmaba aquella sospecha el corto número de los combatientes traídos del África, y contribuía por último á darle color la misma necesidad en que los capitanes mahometanos se habian visto, de poner en manos de los hebreos la guarda de las fortalezas, atentos sólo á evitar el alzamiento de los pueblos, que dejaban á las espaldas en sus triunfantes expediciones. Mas cuando aplacado el primer desorden de la conquista, vieron pasar á las costas de la Bética nuevos ejércitos, y supieron los castigos impuestos por los Califas á Muza y Abda-l-aziz, acusado el primero por su rapacidad y perseguido el segundo por atribuírsele el proyecto de coronarse rey de España; cuando tras estos *amires* contemplaron en el gobierno á los *walies* Ayyub-ben-Habib, Al-Horr-ben-Abd-er-Rahman y Assamh-ben-Máleq, los cuales procuraban no solamente afianzar la conquista, dando forma á la administracion pública, sino llevar tambien al otro lado de los Pirineos las armas musulmanas; cuando recibieron, por último, la nueva de que los Califas confirmaban los asientos y capitulaciones, concedidos por sus generales á las ciudades de la Península, perdida ya la última esperanza de salvacion, comprendieron toda la magnitud del infortunio que sobre ellos pesaba, condenados á tan largo como enojoso cautiverio <sup>1</sup>.

tum» (Id., cap. XXIV). R. Dozy, cuya *Historia de los Musulmanes de España* llega á nosotros al imprimir estos capítulos, admite sin contradiccion estos hechos y les atribuye la influencia debida (tomo II, cap. II). Respecto del resultado que produce en los españoles el indiscreto comportamiento de los hebreos, puede consultarse cuanto observamos en el *Ensayo I* de nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judios de España*.

<sup>1</sup> Conveniente juzgamos advertir, y ya queda indicado, que ni el mismo

En efecto: los descendientes del falso profeta, que habian sujetado al carro de sus victorias la mitad del mundo, tenian resuelto enriquecer sus dominios con las celebradas tierras de *Andálus* <sup>1</sup>,

Muza-ben-Nosayr, ni el conde don Julian, ni los hijos de Witiza sospecharon siquiera que pudiese ser fácil la conquista del imperio de Ataulfo. Los magnates visigodos sólo pensaron en vengarse de don Rodrigo, á quien veian como usurpador: Muza, lleno de desconfianza y ajeno del proyecto que por lo comun se le atribuye, temia provocar el enojo de reyes tan poderosos, limitándose una y otra vez á simples expediciones. De los hijos de Witiza dice el arzobispo don Rodrigo, narrado su proyecto de traicion, el cual no pasaba de apoderarse del reino, muerto el hijo de Teodoro: «Non enim credebant quod possent, vel vellent arabes patriam retinere» (Lib. III, cap. XIX). Importa pues notar, para comprender cómo es posible tan inverosímil catástrofe, que hundido en la corrupcion, que en el anterior volumen bosquejamos, y perdido el antiguo esfuerzo de sus fundadores, no podia ya el imperio visigodo con su propio peso, y vino á tierra al primer empuje de sus enemigos. Lo inesperado de la invasion y la rapidez de la conquista la presentaban como efímera y pasajera; y sólo al excitar la codicia de los Califas orientales con sus inauditas riquezas, pudo temer España la pérdida de su libertad y la servidumbre de sus hijos.

<sup>1</sup> Comun opinion ha sido, aun entre los más doctos, traer el nombre de *Andalucia* de los *Vándalos*, formando la palabra *Vandalosia* y de esta aquella. Asi lo creyeron el arzobispo don Rodrigo (*Hist. Wand.*, cap. XXII), Rodrigo Sanchez de Arévalo (*Hist. Hisp.*, I.<sup>a</sup> parte, cap. VII), Antonio de Nebrija (*In praef. Decad.*), Ambrosio de Morales (*Crónica gen.*, lib. XI, cap. XIII), Mariana (*Hist. general*, lib. I, cap. IV), y con ellos los extranjeros Volfango Lazio, Grocio, y otros no menos celebrados por su erudicion en la república de las letras; y así lo indica tambien en nuestros dias el ya citado R. Dozy, estableciendo sin embargo como cierto que nacido aquel nombre entre los musulmanes, debe buscarse en sus historiadores la razon de su existencia. Habiendo pasado al África los vándalos por la antigua *Treducta*, segun expresa Gregorio Turonense, tomó aquella península el nombre de *Andálus*, que conservado hasta el desembarco de Tarif, dió motivo á que se aplicase este nombre á toda España. Dozy acota con El-Razi, Bayan Almoghreb, y el autor del *Ajbar Machmua*, todos escritores árabes (*Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne*, segunda ed., págs. 310 y 311). Muy respetable nos parece la opinion de este orientalista; mas teniendo en cuenta que todos los escritores coetáneos á la invasion y á la permanencia de los vándalos en las regiones meridionales de España, dan á estas constantemente el nombre de *Bética*, y no hallándose ni en los concilios ni en las leyes de los visigodos mencion alguna de aquella peregrina denominacion, que tampoco se encuentra en el Pacense, testigo de vista de la invasion musulímica, no parecerá caprichosa la

consideradas por ellos como las puertas de Europa; y no olvidando el precepto del Koram, que ordenaba la *guerra santa*, creian llegado el momento de someter á su Imperio la otra mitad del Universo.—«Haced guerra (decia Mahoma) á cuantos no crean en Dios, ni en el último dia; á cuantos no consideren como verdadero lo que Dios y su apóstol les ha prohibido, y á cuantos no profesen la verdadera religion entre los hombres de las Escrituras. Hacedles guerra hasta que paguen el tributo con sus propias manos y sean enteramente sometidos <sup>1</sup>.» Impulsados por este mandamiento, en que se condenaba igualmente á los idólatras, á los judios y á los cristianos, habian pues sojuzgado los Califas todos los pueblos, adonde enviaron sus banderas, extendiendo el dominio de su religion con el dominio de su espada.

Mas la misma rapidez de las conquistas, que en menos de un siglo habian acometido y consumado, llegaba á desnaturalizar aquella temible propaganda: faltando brazos para realizar tan grandes empresas y tiempo para que los pueblos dominados aceptaran la religion de Mahoma, viéronse los mismos Califas forzados á componer sus ejércitos de hombres de todas creencias, templado ya el primer vértigo del fanatismo, y un tanto sobrepuesta la dominacion política á la dominacion religiosa. Esto, que habia sucedido en el Asia cristiana, donde halló el Islam mayor resis-

duda que sobre el particular abrigamos, resistiéndose á nuestra razon el que sólo se conservara para conocimiento de los árabes el indicado nombre y con él la tradicion de los vándalos, olvidados más hacia de trescientos años. Más natural se ofrece (y este dictámen siguen notables arabistas) que el nombre de *Andalucia* se tomara de la voz arábica *Andálos* ó *Andálus*, *الاندلس*, con que se dice designaron los mahometanos las tierras occidentales del continente europeo, cuya parte postrema era España, que recibió en su totalidad el indicado nombre. (Véase el Xerif-al-Edrisí, apellidado el Nubiense, *Descripcion de España*, climas IV y V, I.<sup>a</sup> Parte, y las *Historias de Al-Andálus* por Aben-Adhari, *Descripcion de Al-Andálus* y sus antigüedades, ad init.). Reducido el dominio sarraceno á la Bética, hubo de fijarse por último en ella esta denominacion, vulgar ya en tiempo del arzobispo don Rodrigo. Á esta opinion se inclinaron don Nicolás Antonio en el siglo XVII, y el Maestro Florez y el erudito Casiri en el pasado (*España Sagrada*, tomo IX, trat. XXVIII, cap. IV; *Bibl. Vetus; Bibl. Arabico-Hisp.*).

<sup>1</sup> Sura IX, vers. 29.

tencia que los alfanges agarenos, se reproducía con grandes creces en el África, tierra fecundada con la sangre de los mártires de Cristo y alumbrada por la doctrina de los Tertulianos y Agustinos. Cuando avasallado el Egipto, cayeron las huestes mahometanas sobre aquel extendido continente, para arrebatarse al Imperio bizantino una de las más preciadas joyas de su insegura diadema, y á la monarquía visigoda una de sus más fértiles provincias <sup>1</sup>, no solamente era profesado el cristianismo en las populosas ciudades dominadas por los griegos y los godos, sino que penetrando más allá del Atlas, luchaba contra la idolatría y el judaísmo, desvaneciéndose al par las supersticiones de los adoradores del fuego y de los astros. Los amires del África, que recorrieron victoriosos desde las fronteras de Egipto al Estrecho de Hércules y desde las playas del Mediterráneo á las regiones etiópicas, si lograron no sin dificultad echar sobre la cerviz de tantos pueblos el yugo de los Califas, no pudieron imponerles en un solo día la mentida fé de Mahoma, como que siendo imposible desarraigar las creencias por tantos siglos abrigadas, se hubieran estrellado todos sus esfuerzos en aquella temeraria empresa, aventurando sin duda el fruto de sus victorias <sup>2</sup>.

Así, aunque eran emprendidas todas las guerras en nombre del principio religioso, consignado en el Koram; aunque los que se tenían por verdaderos creyentes clamaban con el entusiasmo de

<sup>1</sup> Señalando el arzobispo don Rodrigo la extensión de la destruida monarquía de Recaredo, escribía respecto de las posesiones visigodas del lado allá del Estrecho: «Et in Africa et una provincia decem civitatum, quae Tingitania dicebatur, ad gothorum dominium pertinebat» (Lib. III, cap. XX). Esta provincia se extendía de mar á mar y era la antigua donación hecha por el emperador Othon, como en su lugar manifestamos con Tácito (tomo I, cap. I, página 27).

<sup>2</sup> No debe olvidarse que la posesión de África costó á los sectarios de Mahoma cinco expediciones, habiéndose menester el espacio de sesenta y siete años para domeñar las tribus que tenían su asiento en las vertientes del Atlas. Muza, último de los amires que dieron cima á esta conquista, después de haber empleado el terror, logró atraerlos á su dominio, halagando sus antiguas supersticiones de raza y aun afectando sus costumbres (Véase sobre este punto el cap. II del tomo II de la *Historia de España* de Mr. Rosseeuw de Saint-Hilaire).

los primeros días del islamismo ¡el combate! ¡el combate! ¡el paraíso! ¡el paraíso!, ni se ejecutaban ya los grandes proyectos militares de los Califas con la intolerancia religiosa de los que recibieron de Mahoma el legado de extender su falsa predicación por medio del hierro, ni hubiera sido tampoco realizable, sin trocar el curso natural de las cosas, que ejércitos compuestos en su mayor parte de hombres que abrigaban creencias religiosas contrarias al mismo Koram, aparecieran cual fácil y adecuado instrumento del fanatismo musulmán, carácter distintivo de la primitiva propaganda.

Esta inevitable declinación del fanatismo, que parecía preludiar en cierto modo la ulterior separación del elemento político y del elemento religioso, había pues dado un carácter humano á las conquistas de los árabes, quienes fijando la vista en las riquezas materiales de las naciones, pensaron más bien en su despojo que en redimirlos del error en que los suponían. Tal había acontecido en África, y no otra cosa sucede respecto de las Españas: cuando la venganza ó la perfidia abrieron á las armas mahometanas el Estrecho de Hércules, no solamente era muy reducido el número de los árabes que pasaron á las costas de la Bética <sup>1</sup>, sino que el grueso de los ejércitos de Tariq y de Muza distaba mucho de profesar el culto de Mahoma. Allegados de multitud de gentes, contábanse al propio tiempo en sus filas las reliquias de los wándalos y los bizantinos, los presidios de las ciudades visigodas del litoral tingitano, los ídólatras berberiscos de las vertientes del Atlas y los gentiles que habían sobrevivido á los sacudimientos del antiguo mundo; filiándose también bajo sus banderas, ganosos de mejor fortuna, los descendientes de Judáh, arrojados á aque-

<sup>1</sup> Dando cuenta Aben-Jaldon de las falanges de que Tariq era caudillo, escribe: «Tariq-ben-Zeyad recibió de Muza el mando de Tanja, donde se instaló con doce mil berberies (africanos) y veintisiete árabes, encargados de enseñar á aquellos neófitos el Koram y la ley.» Estos debieron ser los primeros árabes que pasaron el Estrecho. No puede decirse lo mismo de las falanges de Muza; y sin embargo es lícito asegurar que era por extremo reducido el número de los árabes que se contaron entre los diez y ocho mil combatientes que trajo á España en 712.